

Juana Cata. Una cacica extraordinaria

Julia Tuñón Pablos*

Francie Chassen-López, *Mujer y poder en el siglo XIX. La vida extraordinaria de Juana Catarina Romero, cacica de Tehuantepec*, México, Taurus, 2020, 517 pp.

Para quienes tenemos el privilegio de conocer desde hace años a Francie Chassen-López, sólo pensar en ella es hacerlo también en Juana Cata, a quien la autora, con envidiable constancia, fatiga desde hace treinta años. He de decir que la cacica tehuana, con todo, me resultaba algo fantasmal, algo así como la imagen que, dicen, se pasea algunas noches en su *chalet*. Ahora, esa presencia se concreta en este libro magnífico de más quinientas páginas, que conmemora esas bodas de perla del matrimonio entre Chassen-López y su protagonista, Juana Catarina Romero, ese compromiso en el que la historiadora conserva a través de los años, el enamoramiento y

la pasión por un personaje al que mantiene fresco y vivo, aunque haya nacido hace casi ciento ochenta años, y lo logra a pesar de haber pasado por los escrupulosos candados del rigor académico que tantas veces entiesan las biografías.

Las fuentes que utiliza Chassen-López para recuperar esta vida son muy diversas. Analiza archivos, leyes y decretos judiciales, prensa, cartas, memorias de viajeros; hace entrevistas a quienes oyeron los recuerdos de sus ancestros, y revisa, incluso, las invenciones construidas mucho después de su vida para atender los mitos que sobre ella se han construido en novelas, artículos, una obra teatral, también en una telenovela, *El vuelo del águila*, en 1994-1995, con la actriz Salma Hayek representándola. Chassen-López no deja cabo suelto: si sabe que el arquitecto del *chalet* fue el ingeniero alemán Luis Bacmeister, ella fatiga el nombre en documentos y acervos hasta darle al personaje una trayectoria que casi nadie conocía. El volumen cuenta también con una sección de ilustraciones que dan cuenta de la región y de al-

gunas fotos de la tehuantepecana, su tienda y su casa. La escritora estadounidense alterna los datos duros con las interpretaciones, al modo en que lo hace la llamada “nueva biografía”, para ofrecer una vida fragante. Las notas con las que documenta sus hallazgos son, afortunadamente, muy abundantes y permiten al lector dos cosas necesarias: encontrar la ruta para profundizar sobre temas aquí sólo apuntados y someterse a la confrontación de sus conclusiones. Podemos decir que el trabajo de la autora es de pincel, nunca de brocha gorda.

Juana Catarina Romero, mestiza nacida en Tehuantepec en 1837, comenzó su andadura vendiendo cigarrillos en las calles y en los billares, adonde sólo accedían varones y mujeres de “mal vivir”, pasó a ser espía en los fragorosos años de mediados de siglo y aprovechó la peculiar modernidad que vivía el istmo para convertirse, a golpe de audacia, tenacidad e inteligencia, en una potentada. Sorprende que Tehuantepec registrara un auge que hoy nos cuesta imaginar. En la región se jugaba

* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

el liberalismo económico y se desarrolló crecientemente la agricultura industrial. La tecnología de la época permitió el fomento económico y, por ende, los grupos de poder peleaban fuertemente por el dominio. Juana Cata no quedó atrás de esta pugna. Comerciaba primero con cacao y añil, luego mercó y/o fabricó telas, productos de caña de azúcar, como el aguardiente, cristales y objetos de lujo. Fue dueña de la mejor tienda de la ciudad, *La Istmeña*, de tierras para la producción y de casas que arrendó. Chassen-López nos demuestra que fue “tanto educadora como vendedora de la modernidad en Tehuantepec” (p. 208).

Juana Cata supo aprovechar los años de la paz porfiriana y solventó a los revolucionarios que la alcanzaron. Su figura es fácilmente idealizable, pero la autora del libro es capaz de mostrarnos a una mujer ambigua, confusa, incluso malévol. La Juana Cata que vemos acá es una figura contradictoria, como lo es la gente que está viva, adivinamos sus zozobras y dolores, por ejemplo, su afán por acceder al grupo social que la menospreció por su pasado y su condición. El punto me parece muy importante al trabajar historias de mujeres, porque las mujeres somos seres sociales, y cualquier tentación de pulir sus aristas para convertirlas en santas, próceres o querubines, es un delito contra la verdad y la disciplina histórica. Así vemos a una Juana Cata que tuvo al menos un amante por la libre y, dice el mito, que también Porfirio Díaz lo fue, que se apoyó en pistoleros para realizar algunos actos como robar agua del

río, que es prestamista y que, sin embargo, logra construir su prestigio como “cacica” buena mediante obras de caridad, fomento a la educación, a la salud pública y cuantiosas donaciones a la Iglesia, de la que es una fervorosa devota.

Juana Cata tiene un talante, un carácter, una personalidad, sí, propia, y quién sabe hasta dónde inalienable, pero también está en un contexto dado, atravesada por él, un entorno marcado por lo político, lo económico, lo social, las ideas de la mentalidad y las de las ideologías, y circulan a su alrededor chismes, rencores y ambiciones. La conjunción entre su contexto y la persona son inseparables; el uno se explica en buena parte por sus habitantes, pero éstos no pueden evadir el medio en el que viven. Carlo Ginzburg ha escrito que “de la cultura de su época y de su propia clase nadie escapa, sino para entrar en el delirio y en la falta de comunicación [...] la cultura ofrece al individuo un horizonte de posibilidades latentes, una jaula flexible e invisible para ejercer dentro de ella la propia libertad condicionada”.¹ Es claro que una mujer pobre, sin el reconocimiento paterno, que aprendió leer hasta los treinta años (lo que denota su ambición, pues ser alfabetizada es poco menos que un lujo en su ambiente), no tiene las mismas posibilidades que un varón criollo, educado y adinerado. Juana Cata se convierte en la atalaya, o en el telescopio o microscopio que mues-

¹ Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik Editores, 1981, p. 22.

tran los alcances enormes y los detalles minúsculos de su mundo y en él observamos su “libertad condicionada”, esa que le permitió, con una fuerza personal extraordinaria, el acceso al poder político, económico e, incluso, a la “honra”, avalada por su palabra y el cumplimiento a sus compromisos, ya que no era por el “honor” derivado del linaje y la castidad que se demandaba a las mujeres de alcurnia.

Probablemente por la riqueza que ofrece esta co-materialidad dinámica e inevitable entre una vida y su entorno, es que el género de la biografía florece en nuestros días. Ella nos permite hablar de un mundo, pero también de la “agencia” que las personas tienen, o pueden tener. La trama y la urdimbre de un momento se expresan a través de un personaje, que tampoco es un accesorio simple en ese contexto; en este caso, por ejemplo, el estudio no se reduce a Juana Cata y a Tehuantepec, sino que se extiende al país entero, así como al mundo, por los intereses económicos de las potencias en la región: ¿acaso no fue ella a Cuba para observar cómo se procesaba la caña y a Manchester para conocer cómo se fabricaban las telas que habría de producir? Juana Cata ganó dos premios internacionales por la calidad de sus productos: uno en 1904 en San Luis Missouri y, el segundo, en 1908, en una feria internacional en Londres. Chassen-López la imagina contenta y orgullosa por esos reconocimientos. Sí, debió de sentirse muy feliz, redimida del desprecio que algunos todavía sentían hacia ella.

Tehuantepec era, además de su belleza y sus terremotos, el cen-

tro comercial al que llegan productos de todo el mundo, pero es también una zona lejana mientras no se inaugura el ferrocarril. Cuando Juana Cata es joven, toma ocho días a caballo llegar a la ciudad de Oaxaca, y ella hace ese viaje, armada con una pistola, porque los peligros eran más que probables, seguros. Era valiente, no cabe duda. Ella vivió su juventud entre guerras, su madurez en el “orden y progreso” porfiriano y avistó la Revolución, pues muere en 1915, pero claramente a lo largo de su vida la democracia fue tan sólo un ideal que quedaba lejos, tanto como los valores de justicia e igualdad o de la ley como instrumento para el orden y la concordia. Los mecanismos del dinero y las relaciones sociales seguían siendo los dominantes para arreglar distintos asuntos y ella aprendió a usarlos muy bien.

A Juana Cata le tocó la maldición china: “vivir en tiempos interesantes”, pero su vida nos muestra cómo ella aprovechó e intervino en las circunstancias para su provecho. Cuando Benito Juárez fue nombrado presidente, Juana tenía diez años, y ¡claro!, Chassen-López sugiere cómo el hecho podría instalarse en la imaginación de esa niña de clase baja, pues si un pastorcito zapoteca llega a ser presidente de la República, ineludiblemente abre sueños para los marginados.

Sí, las ambiciones y su talante guerrero eran de calado, pero tenía límites. Tuvo uno muy poderoso para su época: ser mujer, y lo que en un hombre se ve como un pequeño defecto o un mérito, en ellas es una violación a las nor-

mas, las laicas y las de la Iglesia. El poder era (y en gran medida es) un atributo y una posibilidad masculinas, pero esto no la amedrentó. Entendió que, para tenerlo, el poder se ejerce y lo ejerció desde una actividad sustantiva: el comercio. La autora observa que ella cultivó cualidades consideradas, entonces, varoniles, como el ser firme, eficaz, exigente y severa, pero sus logros los dirigió también a prioridades “femeninas y hasta maternas”, como fueron la educación, el embellecimiento urbano, y su devoción católica (p. 317). Chassen-López hace gala de su sensato feminismo al cuestionar la naturalización de estos estereotipos genéricos que marcan de manera medular la cultura en los años tratados, y a veces son todavía presentes. El título del libro nombra la de Juana Cata como una “vida extraordinaria”. Sí, lo fue; ciertamente no se parece a la del común de las mujeres, pero nos permite vislumbrar cómo era la cosa para todas ellas. Las excepciones tienen, también, esa virtud.

¿Hizo Juana Cata su capital primero, ese necesario para invertir, esa marxiana acumulación originaria de capital, desenterrando un tesoro? La anécdota resulta seductora. En ese armar un rompecabezas siempre nos quedan huecos, preguntas. En ese armar un cuerpo vivo con trozos muertos del pasado, imitando al Dr. Frankenstein, Francie logra no abismarse en lo que ignora, sino preguntar, una y otra vez, ¿por qué?, ¿cómo?, ¿para qué?, ¿quiénes? Y así abre campos para que otros sigan dotando de vida a ese cadáver que es el pasado, ig-

noto u olvidado, y que tenemos que rescatar.

Sí, una característica deliciosa de este libro, una más, es que la autora nos comparte sus dudas, sus preguntas, sus miedos, sus dificultades. Escribe, por ejemplo: “yo no estaba del todo convencida”; lamenta no saber con claridad cuántos hijos adoptivos tuvo la cacica (p. 124), y así nos trae también la historia de su proceso de investigación, que no nació hecho y entero, sino que la necesitó a ella, a su disciplina, a su terquedad, a su pasión desbordada, para fatigar una y otra vez las fuentes, los archivos, los recuerdos, las versiones; preguntar una y otra vez ¿por qué?, ¿cómo?, ¿para qué?, ¿quiénes? Gracias a eso no se convence, a pesar de los glamurosos rumores, de su relación amorosa con Porfirio Díaz (p. 94) y, así, no sólo salva del naufragio la historia de Juana Cata, sino que nos obliga a imaginar sus partes oscuras, incluso perversas, a la par del proceso de ella misma, el de Francie Chassen-López, una estadounidense enamorada de México y de Oaxaca, entregada a su historia, y que nos ha dado ya múltiples trabajos para fincar el conocimiento de la región.

El libro no se queda en la historia de la istmeña, sino que abunda en los mitos que alrededor de ella se han creado: que si el tren que se construyó pasaba frente a su casa por orden de Porfirio Díaz, que si equis, que si ye. La región y sus mujeres despiertan la imaginación de los viajeros que lidiaban entre su idea romántica de lo exótico y una realidad que seguramente tuvo rasgos inconcebibles para

ellos. Fue el caso de los relatos ex-tasiados de Pierre Brasseur, que nos hablan de la cigarrera carismática que entraba a los billares y departía con los militares. El cineasta soviético Sergei M. Eisenstein escribió que: “Tenazmente te persigue la idea de que el Edén no estuvo en algún lugar entre el Tigris y el Éufrates, sino, por supuesto, aquí, en algún lugar entre el Golfo de México y Tehuantepec”.² Se habla mucho de un matriarcado que no es tal,³ pero sí, en cambio, se reconoce una fuerza social y económica de las mujeres que existe o existía. Hoy en día se recurre a la peculiar valoración de los “muxes”, como un modelo para lucha de las minorías LGBTQ+. Chassen-López advierte que se trata de “mitos que no quieren morir por mucha investigación seria o evidencia concreta que los contradicen [...] los mitos y mentiras no sólo se siguen relatando sino elaborando todavía más” (p. 95). Ciertamente esta pulsión por construirlos exige una explicación posterior.

La cacica viajó a Cuba, a Estados Unidos de América y a Europa, pero nunca dejó su tierra de origen. Tehuantepec parecía ejercer una atracción centrípeta sobre ella, que lo que hizo para mostrar su cosmopolitismo fue fincar en 1911, en la ciudad, un *chalet*

fuera de las tradiciones del lugar, con influencia francesa, neoclásica, manierista, barroca, neogótica e incluso *art-nouveau* y *art-decò*, que la distingue de la arquitectura común en la zona, probablemente más apropiada a los calores de la zona. Se vistió de tehuana durante casi toda su vida, y Chassen-López hace un minucioso estudio de dicha prenda, a la que Juana Cata le dio un lujo adicional con telas preciosas y adornos de oro, convirtiéndola en un objeto adecuado para la ostentación y, por ende, la competencia en las tradicionales Velas. Hacia 1870, ella cambia su atuendo y se viste a la usanza occidental de la gente “bien”, ésa de la que tanto buscó el reconocimiento, ayudándose con libros de urbanidad y con su cercanía a la Iglesia católica, de la que fue una de sus más fuertes benefactoras, aunque, eso sí, aspira a que sea una Iglesia “moderna”. La autora se pregunta si “¿había ganado de verdad el respeto implicado en el uso de ‘doña’”? (p. 132) con el que finalmente fue tratada. Los tiempos ya permitían no sólo valorar el “honor”, sino también la “honra”, calificativo ligado más que al linaje, al trabajo y la honestidad, ganada por Juana Cata a pulso. Resulta conmovedor este afán de la cacica, una mujer luchadora y

trionfadora, pero que aparentemente no superó, o le costó superar las experiencias pasadas como una niña bastarda y pobre. El punto nos obliga a pensar en la importancia de las emociones humanas en cada periodo histórico, territorio que se está desarrollando en México.

Juana Cata es una mujer poliédrica, contradictoria: muy católica pero ambiciosa, probablemente prestamista, preocupada por la educación y la salubridad, pero que exige ser reconocida como cacica, eso sí, una “buena cacica”, porque en la época se distingue entre estos jefes, los buenos y los malos. Creo que su mayor virtud fue su sentido práctico, su capacidad de adaptarse a las circunstancias, su temple para aguantar la adversidad y a los adversarios, y hacerlo sola, sin el apoyo de un varón. Los que estuvieron cerca de ella en su madurez más bien parecen haber crecido a su sombra poderosa.

Una estudiosa estadounidense publica en el siglo XXI una biografía de una mujer que triunfó en México en la segunda mitad del XIX y los inicios pedregosos del XX. La primera admira su enjundia, su valor, su esfuerzo. Seguramente Juana Cata hubiera admirado lo mismo de quien la revivió de manera admirable en este libro.

² Sergei M. Eisenstein, *Yo, memorias inmorales*, México, Siglo XXI Editores, 1988, 2 vols., vol. I., p. 328.

³ Como ejemplo Graciela Iturbide (fotografías), Elena Poniatowska (texto), Pablo Ortiz Monasterio (edición), *Juchitán de las mujeres*, México, Juchitán, Ediciones Toledo, 1989.